

Perfiles de una cultura política autoritaria: el Perú de Fujimori en los años noventa

CÁNDIDO MONZÓN ARRIBAS,* MIGUEL ROIZ CÉLIX**
Y MERCEDES FERNÁNDEZ ANTÓN***

Resumen: Relacionando los resultados de una investigación sociológica realizada en 1992 por muestreo representativo en las ciudades de Lima, El Callao, Arequipa y Cuzco con presupuestos teóricos acerca del "autoritarismo político" en diversos países de América Latina, se entresacaron los siguientes resultados: prevalecía una visión muy negativa de los ciudadanos acerca de las instituciones políticas como el Congreso, el Tribunal de Garantías Constitucionales o los partidos políticos; quedaba un amargo recuerdo acerca de la labor de los gobiernos democráticos anteriores, y especialmente negativo hacia el último presidente, Alan García, cuya actuación aparecía estrechamente vinculada con la corrupción; encontraban los peruanos sus mejores canales de reivindicación en la participación directa de los movimientos sociales, en especial los gremiales y de vecinos, aunque la participación política por medio del voto era alta respecto de la representación a los Ayuntamientos; aparecía claramente una alta valoración de la actuación del presidente Fujimori y una aceptación mayoritaria de su estilo autoritario de gobernar.

Abstract: The combination of the results of a sociological study conducted in 1992 using representative sampling in Lima, Callao, Arequipa and Cuzco, as well as theoretical assumptions concerning "political authoritarianism" in several Latin American countries yielded the following results: citizens held a predominantly negative view of political institutions such as Congress, the Court of Constitutional Guarantees and political parties, and harbored bitter recollections of the work of previous democratic governments, and particularly negative memories of the last president, Alan García, whose performance appeared to be closely linked to corruption; for Peruvians, the best means of recovery lay in the direct participation of social movements, particularly trade union and residents' organizations, although political participation through votes was high in relation to representation in the Town Halls; President Fujimori's performance was clearly rated highly, while the majority approved of his authoritarian style of government.

1. LA CULTURA POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

EN LA DÉCADA DE LOS AÑOS OCHENTA, y especialmente desde el hundimiento de los regímenes socialistas de los países del Este y de la URSS, hemos sido testigos del fortalecimiento del sistema democrático, al menos en cuanto a su expansión. Dictaduras y autocracias de ambos signos han dado paso a la demo-

* Dirigir correspondencia a la Facultad de Ciencias de la Información, Departamento de Sociología VI, Universidad Complutense de Madrid, Av. Complutense s/n, 28040, Madrid España, tel.: 394-2159; fax: 394-2245; e-mail: monzon43@eucmax.sim.ucm.es.

** Dirigir correspondencia a la Facultad de Ciencias de la Información, Departamento de Sociología, Universidad Complutense de Madrid, Av. Complutense s/n, 28040, Madrid España, tel.: 394-2153; fax: 394-2245, e-mail: socvi@eucmax.sim.ucm.es.

*** Dirigir correspondencia a la Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Educación, Pº Juan XXIII s/n, 28040, Madrid, España, tel.: 394-6191; fax: 394-6191.

cracia formal prácticamente en todos los continentes, destacando en nuestro caso el reencuentro con ella en países latinoamericanos como Argentina, Uruguay, Brasil, Chile o Nicaragua. Un problema distinto es saber si esta vuelta al sistema democrático es o será un fenómeno duradero o definitivo y si traerá consigo un cambio significativo en la cultura de la democracia.

La cultura política que debe acompañar a la democracia como sistema político es una cultura de información, participación y responsabilidad, fundada en actitudes y sentimientos estables de confianza por parte de la colectividad hacia el sistema político y que mezcla en buena armonía consenso con diversidad y tradicionalismo con modernidad. "La cultura política [según G. A. Almond y S. Verba] se refiere a orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como actitudes con relación al rol de uno mismo dentro de dicho sistema".¹ Esta perspectiva subjetiva de cultura política es también contemplada por L. W. Pye y S. Verba cuando afirman que existe "[...] un reino subjetivo ordenado de la política que explica las decisiones políticas, disciplina las instituciones y da sentido a los actos individuales",² idea, a su vez, confirmada por G. A. Almond y C. B. Powell Jr. cuando expresan que "[...] la cultura política es el modelo o patrón de actitudes individuales y orientaciones hacia la política entre los miembros del sistema político. Es el ámbito subjetivo que subyace y da sentido a las acciones políticas".³

Sin embargo, la cultura política no puede apoyarse sólo en las imágenes, orientaciones, actitudes, expectativas, valores o experiencias personales. Más bien es necesario recurrir a los procesos históricos y colectivos donde esas vivencias tienen lugar, al sistema político que las articula y sustenta, a la estructura social de la comunidad, a su desarrollo económico e, incluso, a los valores religiosos dominantes en la sociedad.⁴ La cultura política no es más que el producto de la historia del sistema político y de sus miembros individuales, de los acontecimientos públicos y de la experiencia privada que intenta cubrir el vacío entre la interpretación psicológica del comportamiento político individual y el enfoque macrosociológico.⁵ Este tipo de enfoque resume, por lo tanto, la postura de los que fundamentan el comportamiento social en la responsabilidad cívica del individuo y la de los que subrayan, a su vez, la importancia de la estructura social sobre él. En todo caso, cuando hablamos de cultura nos estamos refiriendo a "[...] aquel sistema de actitudes, valores y conocimientos ampliamente compartidos en el seno de una sociedad transmitidos de generación en generación".⁶

1. Un primer modelo para analizar la cultura política lo encontramos en la ya clásica obra de G. A. Almond y S. Verba,⁷ en la cual, a partir de una interpreta-

¹ G. A. Almond y S. Verba, *La cultura cívica*, Madrid, Euramérica, 1970, pp. 24 y 30.

² L. W. Pye y S. Verba, *Political Culture and Political Development*, New Jersey, Princeton University Press, 1965, p. 7.

³ G. A. Almond y C. B. Powell Jr., *Comparative Politics*, Boston, Little Brown, 1966, p. 50.

⁴ R. Inglehart, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, CIS, 1991, p. 1.

⁵ R. E. Dowse y J. A. Hughes, *Sociología política*, Madrid, Alianza, 1975, p. 284.

⁶ R. Inglehart, *op. cit.*, p. 5.

⁷ G. A. Almond y S. Verba, *op. cit.*, pp. 19-59.

ción psicológica (conductismo) de la cultura y siguiendo los tipos de orientación política propuestos por Parsons y Shils (funcionalismo), junto con una visión general, compacta y uniforme dentro de cada país analizado,⁸ proponen un modelo que incluye los siguientes elementos y tipos de cultura política:

- a) En la base de toda cultura política se encuentra un conjunto de *orientaciones políticas*, supuestamente internalizadas por los ciudadanos, que se concretan en conocimientos (orientación cognitiva), sentimientos (orientación afectiva) y valoraciones (orientación evaluativa) hacia los objetos políticos.
- b) Entre los *objetos políticos* se distinguen los roles o estructuras específicas (cuerpos legislativos, ejecutivos o burocráticos), los titulares de dichos roles (como monarcas, primeros ministros, legisladores, etcétera) y los principios de gobierno, decisiones o aplicaciones legales. Todos estos objetos son contemplados, a su vez, dentro de un proceso político (*inputs*) y un proceso administrativo (*output*),⁹ es decir, los objetos políticos se refieren al sistema político en cuanto tal, a sus roles y titulares, al funcionamiento y eficacia del sistema, al personal político y administrativo y a uno mismo como objeto político.
- c) Al relacionar las orientaciones con los objetos políticos, nos proponen, en principio, tres tipos de cultura política: la cultura localista, la cultura de súbdito y la cultura participante. En la cultura localista las orientaciones políticas son extremadamente débiles, no hay roles políticos especializados y el individuo no espera nada del sistema político. En el segundo tipo el súbdito tiene conciencia de que hay una autoridad gubernativa, está afectivamente orientado (a favor o en contra) hacia ella y su relación con el sistema es eminentemente pasiva, normativa y de nivel bastante general. En la participante, el ciudadano mantiene a la vez una relación plena con el sistema, sus estructuras y procesos políticos y administrativos.

Dichas culturas, en cuanto tipos ideales, rara vez se encuentran en su forma pura, por lo que es más realista hablar de “culturas políticas mixtas”. En concreto, los autores hablan de cultura localista de súbdito, de cultura de súbdito participante y de cultura localista participante. Pero su objetivo último es tratar de la cultura cívica: de “la cultura política de la democracia y de las estructuras y procesos sociales que la sostienen”.¹⁰ Es una cultura, como ya indicamos, mezcla de tradición y modernidad, sobre todo plural, fundada en los procesos de comunicación y persuasión, en el consenso y la diversidad, innovadora y moderada a la vez, que reúne lo mejor de las culturas políticas anteriormente mencionadas.¹¹

⁸ Apenas queda espacio para hablar de subculturas, estructura de clases y tensiones históricas que perviven en el presente. Además, mantienen una clara inclinación a conceder prioridad a la cultura política angloamericana sobre la de cualquier otro país.

⁹ Por “proceso político” se entiende la corriente de demandas que va desde la sociedad al sistema político. Por “proceso administrativo” se entiende el proceso mediante el cual son aplicados o impuestos los principios de autoridad del gobierno.

¹⁰ G. A. Almond y S. Verba, *op. cit.*, p. 19.

¹¹ La investigación que hemos realizado sobre la cultura política del Perú se apoya principalmente en los supuestos teóricos de este modelo.

2. Un segundo modelo, propuesto para el análisis de la cultura política en la España franquista¹² se centra en dos tipos de cultura claramente diferenciadas y opuestas, capaces de sobrevivir en cualquier país del mundo, pero especialmente en los que sufren una polarización política importante. También se apoya en el componente de actitud de los ciudadanos hacia el sistema y todo lo que tenga relación con el poder político. Detrás de las actitudes se vislumbra un componente ideológico, más o menos claro en la mente de los ciudadanos, y lo que ello supone de racionalidad e irracionalidad.

Estas culturas son definidas como: *a*) cultura de identificación y *b*) cultura de alienación. En ambas se diferencian pautas de comportamiento que hunden sus raíces en actitudes básicas de: 1) tolerancia-intolerancia; 2) tradición, modernidad, secularización, y 3) reacción, conservadurismo, reformismo, revolución. Alguna de estas pautas-raíz pueden ser muy útiles para explicar la vertebración, los conflictos y la polarización de los comportamientos y culturas de los pueblos latinoamericanos.

3. Un tercer enfoque de los sistemas, vida y cultura políticas latinoamericanas, diseñado en gran parte por autores de su mismo entorno, incluye una cantidad reducida de modelos que intentan explicar la identidad, causas y evolución de los gobiernos predominantes autoritarios del siglo XX, siempre en dirección hacia una democracia real deseada y con el sello propio de la identidad latinoamericana. Los sistemas políticos de América Latina han acumulado desde sus orígenes un importante déficit democrático, como queda confirmado por la amplia duración del sufragio censitario, la marginación del voto femenino hasta mediados de este siglo, la negación de la práctica democrática en ámbitos como el municipal, provincial o regional, la tutela del Estado por el estamento militar al servicio de intereses oligárquicos, los obstáculos para el surgimiento de una clase media, la marginación de la población indígena o mestiza con vistas a una integración nacional, los estilos plebiscitarios, populistas y burocráticos que hicieron inoperante el Estado liberal o, perdida la fe en una democracia formal, la elección del camino de las armas como única vía para conseguir el cambio.¹³

Dentro de esta ciclotimia política de avances y retrocesos, la década de los años setenta, por ejemplo, mostraba un panorama desolador en el ámbito de las libertades individuales, las garantías constitucionales y los derechos fundamentales. Y ello como consecuencia de dos procesos convergentes que tuvieron lugar en el extremo sur y centro de América: la aparición de las dictaduras oligárquico-militares y la ostensible actitud imperial de los Estados Unidos apoyando gobiernos títeres en los enfrentamientos con los movimientos populares.¹⁴ Sin embargo, la esperanza que los años ochenta y noventa parecen haber traído para un reencuentro, desarrollo y profundización de la democracia, se encuentra en gran parte condicionada por un pasado donde la cultura política del pueblo se hallaba permanentemente secuestrada por los grupos que durante largo tiempo han controlado el Estado.

¹² A. López Pina y E. Aranguren, *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976, pp. 32, 135 y ss.

¹³ M. Alcántara, "Sobre el concepto de países en vías de consolidación democrática en América Latina", *Revista de Estudios Políticos*, núm. 74, 1991, pp. 113-115.

¹⁴ R. Bergalli, "Cuestiones latinoamericanas", *Sistema*, núm. 60-61, 1984, p. 6.

La mayoría de los países, por no decir todos, se emancipó como repúblicas presidencialistas que acataban constitucionalmente formas democráticas de gobierno. Sin embargo, la democracia ha funcionado más bien como retórica o pura fachada y siempre han predominado formas directas o camufladas de autoritarismo. Por ello, para entender el presente nada mejor que contemplar el desarrollo político en América Latina, sin olvidar las particularidades propias de cada país, y recordar algunos de los modelos propuestos para su mejor comprensión.

Según J. Beinstein, América Latina ha vivido a lo largo de este siglo tres grandes olas de modernización.¹⁵ La primera se extiende desde finales del siglo pasado hasta la crisis del año 1929. Es una etapa fuertemente condicionada por la idea revolucionaria de emancipación, la implantación de un liberalismo autoritario controlado por los grupos oligárquicos, la dependencia económica del exterior y la marginación de la mayor parte de la población de cualquier proyecto de progreso y desarrollo social. La implantación de derechos y libertades democráticas fueron sólo un privilegio de las capas elitistas que mantenían y controlaban el poder político, económico y cultural.¹⁶ El desarrollo capitalista de los países de América Latina durante esta primera etapa viene dominado por las leyes del libre comercio y la dependencia del exterior (capitalismo periférico), especialmente de Gran Bretaña y Estados Unidos de Norteamérica. Sobre todo producción y exportación de materias primas, agropecuarias y de extracción, en manos de las oligarquías agrocomerciales que también controlan y manejan a su antojo el Estado. Es la época de la hegemonía de la propiedad semifeudal en la vida política y la actividad estatal.¹⁷ Y serán estas oligarquías de signo rural las que impedirán la industrialización interna de la mayor parte de los países de América Latina, que además extenderán su modelo autoritario a los campos de la educación, la cultura y la política. Obviamente, lo que se favorece en estos largos años es una cultura política de alienación, dependencia y sumisión, muy lejos de los ideales liberales revolucionarios que dominaron los primeros años de la independencia.

Las consecuencias de la depresión de 1929, la interrupción del libre comercio y la debilidad del modelo exportador de los países periféricos obligaron a un cambio en la actividad económica. Así, entramos en una segunda etapa de modernización de los países de América Latina que durará hasta mediados de los años cincuenta, con una orientación económica clara hacia el desarrollo de la industrialización nacional con repercusiones en la expansión del mercado interno, la mejora del nivel de vida, el surgimiento de nuevos grupos dirigentes y la emergencia de la clase obrera. La conmoción ideológica y bélica que se librará durante esos años en el mundo, la emergencia de sectores populares (sociedad de masas) en la vida pública y el protagonismo que adquiere ante las masas el liderazgo personal, serán los factores principales que propicien el surgimiento del "nacionalismo populista"; es decir, una "tercera vía" entre el capitalismo y el socialismo, el Estado liberal democrático y el Estado dictatorial, de izquierdas o de derechas. Por ello no debe

¹⁵ Seguimos aquí a J. Beinstein en "Adiós al desarrollo", *Sistema*, núm. 60-61, 1984, pp. 212-214.

¹⁶ T. Halperin, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1989.

¹⁷ J. C. Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Amauta, 1974, p. 375.

extrañar que el nacionalismo populista haya incluido a la vez elementos autoritarios y participativos, conservadores y revolucionarios.¹⁸

Aunque el populismo va unido históricamente al tránsito de una sociedad tradicional hacia otra de tipo industrial, no será la industrialización su causa principal, sino más bien la inmigración y el crecimiento urbano desordenado y desbordante de las masas que huyen del campo a la ciudad en busca de mejores condiciones de vida. Las viejas élites rurales dejan paso a las nuevas élites político-administrativas de carácter urbano encargadas de organizar y controlar a las masas emergentes y políticamente disponibles en torno al Estado. Al contar con tales masas, el Estado populista se volverá más fuerte (otros dirán que “grande”), pero asumirá las funciones de prestarles mayores servicios sociales y darles cabida en la vida política del país. Así pues, el Estado, por una parte, favorecerá la inclusión y movilización de ciertos sectores populares, en especial la clase trabajadora industrial, la burocracia estatal y las clases medias urbanas ligadas a la industrialización y, por otra, creará los mecanismos caudillistas y autoritarios para su control.¹⁹ Si, por un lado, los apoyos y servicios que se prestan ambas partes consiguen cierto acoplamiento entre el Estado y la sociedad, por otro, el régimen populista fortalecerá su autoridad y control; por ello, será un régimen de signo autoritario.²⁰

La tercera ola de modernización se extiende desde mediados de los años cincuenta hasta los primeros años de la década de los setenta y coincide con el auge de la economía mundial. La economía en esta fase se halla dominada por la empresa multinacional y el Estado será controlado por gobiernos tecnocrático-militares y elitistas. No gobiernan ahora los caudillos populistas, sino las oligarquías cívico-militares ligadas al sistema imperialista occidental.²¹ Los intereses multinacionales bloquean el camino del nacionalismo industrialista, lo cual agudiza las contradicciones sociopolíticas. Si, además, se extiende el miedo a una exportación de la Revolución cubana,

[...] la politización de las instituciones militares y la metodología fascista [serán] instrumentadas para frenar cualquier avance de los movimientos populares, considerados como “caldo de cultivo” de la subversión revolucionaria. Los grupos económicos asociados al capital extranjero [ocuparán] el Estado en el Cono Sur con el sostén de los ejércitos, ensayando la instauración de dictaduras “estables”. Ello [producirá] una nueva élite dirigente, una remozada oligarquía, en la que los círculos tradicionales y los jefes militares se *aggiornaran* como gestores e intermediarios del capitalismo multinacional.²²

¹⁸ H. Chumbita, “Sobre la ‘excentricidad’ de la evolución histórica latinoamericana”, *Sistema*, núm. 60-61, 1984, p. 275.

¹⁹ L. Paramio, “El final de un ciclo y la crisis de unos actores: América Latina ante la década de los 90”, *Revista de Estudios Políticos*, núm. 74, 1991, p. 135.

²⁰ B. Pollack, “Enfoques sobre los regímenes autoritarios en América Latina”, *Sistema*, núm. 60-61, 1984, pp. 39-45. También: G. Germani y otros, *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*, México, 1973; A. Touraine, *América Latina, política y sociedad*, Madrid, 1989.

²¹ J. Beinstein, *op. cit.*, p. 214.

²² H. Chumbita, *op. cit.*, p. 277.

Algo que se observa desde mediados de los años setenta (incluso hasta mediados de los años ochenta) es que frente a la transformación y descomposición de la sociedad civil, el Estado, en líneas generales, se vuelve cada vez más fuerte y tecnocrático, más militarizado, represor y reaccionario. La crisis económica mundial de los setenta y el desmoronamiento de la sociedad (enfrentamiento ideológico, miedo a la expansión de la revolución socialista, subdesarrollo económico y social en muchas zonas, parasitismo urbano, caída del liderazgo político, distancia entre las clases sociales, inestabilidad social, etcétera), servirá de excusa para que muchos Estados pasen a ser gobernados durante una larga década por los militares. Pero esta situación (quizá con la excepción de Chile a partir de 1984) no hará sino empeorar tan compleja problemática. En lo económico, los años ochenta cierran el régimen de acumulación interna por falta de competitividad internacional, caída de los precios y déficit en la balanza de pagos. En los campos político y social, en los años setenta se eliminaron muchos derechos y libertades, amén de aplicar una fuerte represión ante cualquier disidencia a las directrices de los regímenes militaristas. Será a partir de 1982 cuando países como Argentina, Chile, Brasil o Uruguay recuperen la vida democrática (redemocratización) y abandonen la dictadura militar. También porque las estrategias y la política de Estados Unidos sobre América Latina experimentaron cambios.

Esta vuelta a la democracia representaría el principio de una cuarta etapa perfectamente extendible a todos los países de América Latina, que haría posible la consolidación de la cultura política popular correspondiente. Como muy bien resume C. Ninou Guinot,²³ algunos indicadores que mostrarían esta posibilidad son, por ejemplo, la realización y mantenimiento del compromiso democrático por parte de los actores políticos, el respeto a la legalidad, la neutralidad o neutralización de los militares, la búsqueda de soluciones económicas a la descapitalización y deuda externa, el fortalecimiento del sistema de partidos, la independencia del movimiento sindical y, finalmente, la vertebración de los distintos estamentos de la sociedad.

El modelo para el análisis de la cultura política en América Latina, con las pertinentes observaciones relativas a la particular idiosincrasia de los distintos países y tomando en cuenta las diferencias culturales y políticas propias de cada sociedad, se obtiene de los modelos propuestos para definir el tipo de régimen o Estado que a lo largo de este siglo ha prevalecido en la zona latinoamericana, modelo que ha dejado su reflejo y sus consecuencias en amplias capas de la población. Y, aunque no sea éste el momento para hablar de ello, debemos dejar constancia de la importancia de un sector que ha contestado a estos regímenes y que en numerosas ocasiones, incluso durante largos periodos, se ha levantado en armas contra él. Sin duda, una de las posibles causas del cambio de cultura política se halla en estos estratos de la población.

Encontramos un intento de explicación de las causas externas que condicionan el progreso económico, político y social de América Latina en el modelo de

²³ C. Ninou Guinot, "Transición y consolidación democrática en América Latina", *Revista de Estudios Políticos*, núm. 82, 1993, pp. 131-134.

la escuela desarrollista de los años cincuenta. Las limitaciones del propio modelo y el fracaso de los proyectos políticos en los que toma parte darán paso a finales de los años sesenta al modelo de la dependencia.²⁴ Sin embargo, los modelos que mejor desarrollan una teoría del Estado y explican la realidad política de los países de América Latina, especialmente la de los años sesenta y setenta, son los que giran en torno a los conceptos “fascista dependiente”, con sus diferentes matices,²⁵ y el modelo “burocrático-autoritario”.²⁶

Los que se sitúan en la óptica fascista, describen los regímenes políticos como una aproximación a lo que en un tiempo fue el modelo fascista (Kaplan); es decir, hablan de neofascismo (Petras) o de “fascistización” a largo plazo (Dos Santos). Destacan y describen como importante el papel de los grupos dominantes, fundamentalmente de los grupos oligárquicos y las élites tecnocráticas tanto civiles como militares; la entrada de las fuerzas armadas en el poder, el ejercicio de una política represiva unida a una legislación arbitraria, la proclamación y defensa de la doctrina de la seguridad nacional, el rechazo retórico tanto del comunismo como del capitalismo, pero con una fuerte sumisión a la burguesía y al gran capital; la penetración y dependencia del capital internacional que después se traducirá en deuda o, más simplemente, se centrará en la descripción del Estado como una superestructura autoritaria e intervencionista.

Los que entienden el Estado como “burocrático y autoritario” (O’Donnell) lo definen, además de “periférico” y “dependiente”, como un Estado “de excepción o de emergencia permanente” que intenta mantener la integración ante tanta heterogeneidad, utilizando si es preciso el uso de la fuerza o aceptando a veces cierto pluralismo político en las clases dominantes (Evers y Lechner). Si en la primera etapa dominó el autoritarismo tradicional, desde los años treinta hasta los sesenta lo hará el autoritarismo populista y en la actualidad, el autoritarismo burocrático. Dicho Estado, el burocrático-autoritario, afirma O’Donnell, se caracteriza por la emergencia a la vida política de ciertos sectores urbanos. El poder político es ejercido por personas que proceden de instituciones o empresas complejas y altamente burocratizadas, que consideran los problemas políticos y sociales como problemas técnicos y, claro está, con la deliberada intención de producir una despolitización y exclusión del sistema de las clases populares. En definitiva, un tipo

²⁴ F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Eds., 1969.

²⁵ T. Dos Santos, “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”, en *La dependencia político-económica de América Latina*, México, Siglo XXI Eds., 1977 y “Socialismo y fascismo en América Latina hoy”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIX, núm. 1, enero-marzo de 1977; A. Cueva, “La cuestión del fascismo”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIX, núm. 2, abril-junio de 1977; M. Kaplan, “El leviatán criollo: estatismo y sociedad en la América Latina contemporánea”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XI, núm. 2, abril-junio de 1978; J. Petras, “Neofascismo: muerte y resurrección de la oposición política”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLI, núm. 1, enero-marzo de 1979.

²⁶ G. O’Donnell, *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972; *Reflexiones sobre las tendencias generales de cambio en el Estado burocrático-autoritario*, Taller de Estudios Políticos, Universidad Católica de Lima, 1975; y D. Linck, *Dependencia y autonomía*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973; también, A. Borón, “El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIX, núm. 2, abril-junio de 1977; H. Sonntag, *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, México, Siglo XXI Eds., 1977; T. Evers, *El Estado en la periferia capitalista*, México, Siglo XXI Eds., 1979; N. Lechner, *La crisis del Estado en América Latina*, Caracas, El Cid, 1977.

de Estado que surge como consecuencia del proceso de profundización realizado por el capitalismo periférico y dependiente con un alto nivel de industrialización.

Dado que el talante autoritario o democrático de los distintos gobiernos tiene su reflejo en los ciudadanos, si admitimos que la mayor parte de los gobiernos de América Latina ha ejercido la autoridad política bajo el signo del autoritarismo, las actitudes políticas de una parte importante de la población no serán sino un reflejo (cultura de identificación) de la cultura que se respira en las élites y en las esferas del poder. Y, aunque una buena parte de esta sociedad (cultura de alienación) pueda disentir y desafiar al poder, esta teoría del reflejo será una de las que mejor expliquen la cultura política dominante en la población. Incluso podrá ocurrir que ambos tipos de cultura política desemboquen en las mismas actitudes “raíz”, esto es, en las actitudes de índole autoritaria.

Las más profundas raíces de esta cultura autoritaria, centralista y dependiente, según H. C. F. Mansilla, habría que buscarlas “en las culturas prehispánicas, en el legado islámico, en la herencia ibero-católica, en la influencia jacobina (derivada de la fuerte atracción irracional por la Francia republicana), en el prestigio actual de las doctrinas marxistas (especialmente de sus versiones simples) y en la recepción meramente instrumentalista de la modernidad metropolitana”.²⁷ Esta cultura de identificación tiene a su favor tanto a las élites minoritarias que apoyan y obtienen beneficios del Estado como a extensas capas de la población marcadas por el analfabetismo, la pobreza y la marginación, a la espera de un líder (patrón, jefe o caudillo) que les saque de la miseria en el más amplio sentido de la palabra. Esto explicaría, a pesar de tanta decepción, la facilidad con que ciertos personajes han gozado —y siguen gozando— del aplauso y seguimiento de la multitud. En el mejor de los casos estaríamos ante un modelo sociopolítico

[...] que se asemeja a una democracia tutelar, en la cual el jefe del Estado es el patrón universal que, en forma paternalista, organiza y dirige a las clientelas, pone en vinculación unos segmentos con otros, recompensa con prebendas y favores a los leales, distribuye una buena parte de las finanzas públicas según principios patrimonialistas y, en cuanto árbitro supremo, se arroga el monopolio de la interpretación del bien común.²⁸

El predominio de la cultura política de signo autoritario aparece claro en sus orígenes, en las estructuras y en los comportamientos. Pero debemos señalar que, a pesar de prejuicios e intereses creados sobre la conveniencia del autoritarismo en los países en vías de desarrollo, es posible la cultura cívica de participación, integración y desarrollo. Respetando las raíces históricas, la tradición y el quehacer histórico actual, los modelos de Estado y de cultura pueden evolucionar hacia formas propias de democracia. Sería imprescindible corregir ciertos aspectos: por ejemplo, la fuerte dependencia del exterior, reducir la influencia de los grupos oligárquicos, fortalecer las clases medias como soporte principal de la democra-

²⁷ H. C. F. Mansilla, “Aspectos antidemocráticos y antipluralistas en la cultura política latinoamericana”, *Revista de Estudios Políticos*, núm. 74, 1991, p. 19.

²⁸ *Ibid.*, p. 41.

cia, extender la educación y la cultura a todas las capas de la población, integrar a todos los grupos étnicos y de cualquier otro tipo en un proyecto nacional común, dar mayor entrada a los ciudadanos en la vida pública, etcétera. Por último, respetar y hacer cumplir una serie de principios relacionados con la justicia, la libertad, la igualdad, la solidaridad, el progreso y el desarrollo humano en general.

2. LA CULTURA POLÍTICA EN EL PERÚ DE LOS NOVENTA: UNA INVESTIGACIÓN SOCIOLÓGICA

Con el fin de verificar algunas de las hipótesis planteadas en el apartado anterior, acerca del predominio o coexistencia en la cultura política latinoamericana actual del autoritarismo como “creencia” o “valor” político máximo, o bien como “núcleo” de polarización de actitudes y valoraciones colectivas, un equipo de sociólogos y especialistas en opinión pública de la Universidad Complutense de Madrid hemos realizado una investigación empírica titulada “La cultura política en el Perú de los años noventa”.²⁹ Por supuesto, teniendo presente, en primer lugar, las características peculiares de la sociedad peruana y su marco estatal, histórico, económico y político determinado.

A continuación se exponen los presupuestos, hipótesis y objetivos de este trabajo sobre el caso peruano.

2.1. Presupuestos, hipótesis y objetivos de la investigación

En torno al concepto de “cultura política”, la sociología contemporánea ha constituido desde mediados de los años cincuenta un importante y fructífero campo de investigación teórica y empírica que se aplica en Europa, Asia y América Latina. Como ya hemos indicado anteriormente, estos estudios sobre cultura política llenan en la actualidad un vacío que había entre la interpretación psicológica del comportamiento individual y el enfoque macrosocial. Asimismo, tienden a utilizarse tanto para la descripción del sistema político como para el análisis causal de los fenómenos políticos. También el desarrollo de refinadas técnicas de investigación social y la importancia adquirida por el trabajo de campo en la sociología de los distintos países, han sido factores decisivos en el surgimiento y expansión de la cultura política como campo autónomo de investigación.

Así pues, la idea básica que guía la reflexión acerca de la cultura política está motivada por lo incompleto de las explicaciones sobre el sistema democrático con base exclusivamente en factores socioeconómicos. Se han introducido, por tanto, factores socioantropológicos (sistemas de valores), respecto del interés por averiguar los elementos que moldean las actitudes y conductas individuales, así como factores de la psicología social, relativos al estudio de motivaciones, juicios, prejuji-

²⁹ Investigación financiada en 1992 por la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología (CICYT) del Ministerio de Educación y Ciencia, adscrita al Departamento de Sociología VI (Opinión pública y cultura de masas), Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense.

cios, estereotipos, clichés, etcétera, y factores sociológicos, sobre todo en cuanto al papel de las normas sociales y los valores en la construcción del orden social. Más recientemente, se ha incorporado el análisis del papel de los medios de comunicación y, en especial, el de las características de su discurso político, dada su capacidad de reforzar y transformar determinados rasgos de la cultura política de los ciudadanos de un país o Estado.

La clásica definición del concepto de “cultura política” propuesta por G. Almond y S. Verba en su ya citada obra *La cultura cívica*, nos sirve como marco de referencia más genérico: “La cultura política de una nación consiste en la particular distribución de las pautas de orientación hacia los objetos políticos entre los miembros de una nación”.

Una investigación sobre la cultura política del Perú exige como hipótesis básica y punto de partida la necesidad de tomar en cuenta variables explicativas de carácter psicológico-social. Para ello hay que empezar por considerar la existencia de procesos de interacción e influencia mutua entre las características de un sistema político, su estructura, funcionamiento y elementos de estabilidad y cambio, y la interiorización por parte de los ciudadanos de ciertas actitudes, valores y normas de comportamiento político.

El interés del estudio del caso peruano se justifica sobre todo por las siguientes razones:

- a) Hay un claro divorcio entre el sistema político y la expresión de las actitudes políticas mediante el sistema electoral.
- b) El ciudadano peruano no se siente representado en la vida política por los partidos políticos, sino que se siente mejor representado por otros cauces, como los sindicatos y los movimientos de base.
- c) La orientación del voto está más condicionada o determinada por la comunicación personal que por el sistema de comunicación de masas: información, publicidad, propaganda, etcétera.

Los objetivos concretos y principales del proyecto han sido los siguientes:

- 1) Desarrollar un modelo de estudio, recopilación de datos, análisis e interpretación de la cultura política en Perú que vincule Estado y rasgos de la cultura política de la población con el modelo de desarrollo que se denomina “cultura cívica”, es decir, cultura política de la participación democrática (Almond y Verba).
- 2) Profundizar en los elementos significativos de lo que podría constituir una cultura cívica de carácter democrático y participativo en Perú, como podrían ser: a) el papel socializador y creador de opinión de los medios de comunicación, en especial periódicos, revistas y televisión, y b) el papel de gobierno y oposición de los partidos políticos e instituciones políticas del Perú democrático.

Para captar y estructurar las opiniones, actitudes, valoraciones, juicios, etcétera, de los ciudadanos ante el universo político se han aplicado los siguientes indicadores:

- Valoración de la democracia y otras formas de gobierno, así como de los valores asociados a ella.
- Recuerdo de regímenes anteriores: dictadura militar, etcétera.
- Conocimiento y valoración de las instituciones democráticas: presidente de la nación, gobierno, Parlamento, etcétera, respecto de funcionamiento y labor.
- Participación en partidos políticos, sindicatos, asociaciones profesionales, vecinales, etcétera, y cualquier otra forma de participación directa.
- Participación en elecciones y otros acontecimientos políticos.
- Conocimiento y valoración de la Constitución del Perú; autoposición ideológica de los ciudadanos.
- Valoración del autoritarismo.
- Valoración de líderes políticos y sindicales.
- Interés por la política en general.
- Nivel de información sobre algunos temas políticos de actualidad.
- Interés ante los problemas nacionales, regionales y locales.
- Intención de voto hacia partidos políticos y coaliciones electorales.
- Uso de los medios de comunicación de masas nacionales y regionales, lectura de referentes políticos, atención prestada en épocas preelectorales a referentes políticos en medios y capacidad de los medios de comunicación para formar la opinión política.

La elección de Perú fue debida a la inexistencia de estudios sistemáticos sobre cultura política en dicho país, así como al interés que tiene conocer su peculiar sistema de actitudes y valoraciones ante la política y los políticos, captado indirectamente por las características y resultados de la campaña electoral de 1990, en la que, contra todo pronóstico, salió elegido presidente A. Fujimori. Asimismo, pensamos que se revaloriza la investigación al coincidir con el hecho del “autogolpe de Estado” perpetrado por el presidente Fujimori con el apoyo de los militares el día 5 de abril de 1992, por el que disolvió el Congreso y convocó a elecciones para un nuevo Parlamento constituyente el día 6 de diciembre de 1992. Su justificación fue la corrupción política y la amenaza de los movimientos armados de oposición como Sendero Luminoso.

En estas elecciones, y tal como se preveía por los resultados de intención de voto al nuevo Congreso Constituyente, el ganador fue la coalición “Nueva Mayoría-Cambio 90”, que apoyaba al presidente Fujimori. Por tanto, los cambios efectuados por el gobierno en la Constitución han puesto todas las facilidades para la reelección presidencial de Fujimori, como ocurrió en 1995.

Las técnicas de recopilación y análisis de datos aplicadas fueron las siguientes:

- Reuniones de expertos, a fin de recoger ideas y sugerencias tanto temáticas como metodológicas que enriqueciesen las hipótesis.
- Un muestreo de 1 312 personas, estratificado según edad y sexo, compuesto de dos submuestras: una en Lima capital y El Callao y otra en la zona andina ur-

baña de Arequipa y Cuzco. La selección de las unidades de muestreo se realizó por métodos aleatorios.³⁰

— Una encuesta de 63 preguntas con 154 variables.³¹

2.2. Algunos parámetros principales que definen y condicionan la cultura política en Perú

Tres problemas centran las preocupaciones principales de los peruanos, en este orden: el terrorismo, la crisis económica y, el principal efecto de ésta, el desempleo. Problemas más bien estructurales que coyunturales, dada la dura crisis económica y política que arrastra Perú desde hace varios lustros y los efectos de espiral que han tenido en su agravamiento tanto el terrorismo de extrema izquierda como la debilidad de la democracia. Todo ello produce escasas expectativas de mejora del empleo y el nivel de vida, que es todavía más grave en las dos ciudades de la Sierra, Arequipa y Cuzco, con sus escasas posibilidades de trabajo y cierto aislamiento geográfico y social. Véanse cuadros 1, 2 y 3.

³⁰ Resumimos aquí las características técnicas del muestreo:

— Universo de investigación: personas de ambos sexos, entre 18 y 60 años, residentes en zonas urbanas de las ciudades de Lima, Callao, Arequipa y Cuzco, pertenecientes a todos los estratos socioeconómicos.

— Casos realizados: se aplicaron 800 entrevistas en Lima metropolitana y El Callao; 257 en Arequipa y 255 en Cuzco, con un total de 1 312 entrevistas realizadas. Este total forma la base a la que se refieren los porcentajes de cada respuesta a cada una de las preguntas del cuestionario, cuando no se especifica otra base muestral.

— Tipo de muestreo: probabilístico, estratificado, multietápico de áreas y sistemático de partida aleatoria. Las unidades muestrales se han constituido: 1º) por los distritos; 2º) por las manzanas; 3º) por las viviendas particulares; 4º) por las personas de ambos sexos, comprendidos entre las edades citadas que viven de forma permanente en las viviendas particulares.

— Realización: el trabajo de campo fue realizado por la empresa “½ de Marketing” especializada en estudios de mercado y sociología política, durante el mes de noviembre de 1992.

— Ponderación y error muestral: aunque se formaron dos submuestras, posteriormente, al querer dar validez general al conjunto de ellas como “universo de población urbana del Perú”, se tuvo que realizar una ponderación. Para tratar ambas muestras conjuntamente fue necesario aplicar los correspondientes coeficientes de ponderación o peso, de forma que devolviesen la proporcionalidad al conjunto de la muestra resultante. Como la población de Lima y El Callao era en conjunto en 1989 de 6 689 000 habitantes y la de Arequipa y Cuzco de 909 000 habitantes, el reparto proporcional de las 1 312 encuestas debía de haber sido 1 155 encuestas para el primer subconjunto y sólo 157 en el segundo subconjunto. Al haberse realizado 800 y 512 encuestas, respectivamente, para devolver la proporcionalidad se multiplicaron los datos de las 800 encuestas realizadas por el coeficiente 1 443 y los de las 512 encuestas por el coeficiente 0.308. El error muestral para el conjunto ha sido de más/menos 3.31 para un nivel de confianza de dos sigmas (95.5%).

³¹ Han predominado en la muestra los activos ocupados en empleos medio-bajos o bajos: pequeños comerciantes, empleados, personal de servicio, etcétera. Esta estructuración demuestra el marcado carácter urbano de la muestra realizada, con cierto sesgo hacia una mayor representatividad de las capas sociales medio-bajas y medias, en detrimento de las bajas e incluso marginales, mucho más numerosas de lo que ha aparecido en la muestra de estas grandes áreas urbanas, donde el porcentaje de personas trabajando en la economía sumergida está evaluado en la mitad de la población activa. Por otra parte, la población es bastante estable desde la perspectiva residencial: o bien habían nacido en el mismo municipio estudiado, o bien llevaban viviendo en él diez o más años. El nivel de bienestar captado por diferentes indicadores ha sido medio-bajo, y aunque algunos hogares carecían de servicios imprescindibles como el agua corriente, era muy alto el nivel de posesión de aparatos receptores de radio y televisión y de algún otro tipo de electrodoméstico como el refrigerador; sin embargo, la posesión de automóvil dio un nivel muy bajo por familia.

No es de extrañar que una mayoría de la población haya percibido la situación económica y también la política como “malas” o “muy malas” o, en el mejor de los casos, como “regular” entre las personas con mejores niveles de bienestar y educativos. La crisis económica de Perú, como la de otros países de América Latina, se proyecta en una clara semantización negativa del desarrollo nacional, aunque también se advierte entre los más jóvenes una cierta tendencia a percibir con más esperanza el futuro. Algunos consideran que la crisis ya ha tocado fondo y que la nueva situación política podrá arreglarlo. Entre este subgrupo, y en parte también entre los adultos, se valora positivamente el esfuerzo personal como motor del progreso familiar.

Es paradójica la percepción de valores sociales: mientras que la mayoría no está de acuerdo con la tradicional división de roles familiares entre la mujer y el hombre, sí se consideran favorablemente la obediencia y la autoridad como valores necesarios en la educación infantil, aspecto que se relaciona con actitudes generales que afectan también a los adultos, captadas en diferentes resultados, y que significa una valoración positiva del sometimiento a la autoridad política superior elegida; por ejemplo, a la presidencia del gobierno o a los alcaldes de los municipios.

El reconocimiento de que la política en general interesa poco a la población no impide valorar como “preferible” un régimen democrático, en cualquier grado, a un régimen autoritario o dictadura. Rasgos afectados muy probablemente por los acontecimientos políticos ocurridos en 1992: autogolpe del 5 de abril de Fujimori apoyado por la cúpula militar, disolución del Congreso elegido en 1990, convocatoria de nuevas elecciones al Congreso Constituyente el 22 de noviembre, con el objetivo de reformar algunos artículos de la Constitución peruana del 12 de julio de 1979. Como consecuencia, la población tiene ideas muy claras de cuál debe ser el papel de los militares en la vida política constitucional: un papel claramente profesional que les impida acceder directamente al poder. Véase cuadro 4.

Sin embargo, aparece en la investigación un importante desconocimiento de las principales instituciones políticas democráticas: la Constitución, el Tribunal de Garantías Constitucionales, la Municipalidad, el Congreso, a excepción de la presidencia de la República, que concentra el conocimiento y reconocimiento subjetivo de todas las instituciones políticas. En cuanto a las valoraciones efectuadas sobre estas instituciones, la Constitución y la municipalidad han sido consideradas de modo más o menos neutral, con cierta tendencia positiva; mientras que el Parlamento era valorado más bien de modo negativo, en contraste, la presidencia de la República era valorada positivamente, aunque con un matiz de moderación. En estas valoraciones se observa la influencia de los muchos conflictos habidos entre el poder legislativo y el ejecutivo durante los dos primeros años de la legislatura (1991 y 1992), lo cual afectaba y comprometía a ciertos aspectos de la Constitución que impedían los planes políticos del presidente; por ejemplo, su reelección por otros cinco años o la aplicación nuevamente de la pena de muerte por delitos de terrorismo. Véanse cuadros 5 y 6.

Las actitudes anteriores se vinculan con valoraciones claramente negativas de los congresistas elegidos democráticamente en 1990. La mayoría ha opinado que éstos se ocupaban de problemas poco importantes, aunque reconocían cierta labor

positiva en sus funciones legislativas y representativas. Tales actitudes contrastan con la mayoritaria aprobación de la gestión realizada por el gobierno de A. Fujimori. Véase cuadro 7.

La modificación de la Constitución debería de orientarse, según los entrevistados, a facilitar jurídicamente un mayor poder legislativo y representativo para el presidente Fujimori. Algo así como la recuperación de un “régimen súperpresidencialista”, pero no dictatorial. Con este último solamente estaría de acuerdo una minoría de derecha y extrema derecha. También preferirían la concentración de la actividad parlamentaria en una sola cámara representativa, mejor que en dos, como era hasta el autogolpe de abril de 1992. Y, lógicamente, ante la pugna de poderes entre el Parlamento y el presidente de gobierno, la población tiende a preferir un equilibrio entre ambos frente al predominio de uno de ellos. También se reivindica mayoritariamente una mayor autonomía para las regiones. Y se aceptaría, aunque con matices, la reinstauración de la pena de muerte para determinados casos de terrorismo, cuestión vinculada a la sangrienta actividad terrorista de los últimos años y agravada en los meses anteriores a la entrevista con los atentados de Sendero Luminoso al ejército en la propia Lima y los atentados contra el turismo y el comercio en el barrio residencial de Miraflores y otras zonas metropolitanas de la capital.

En el recuerdo de una generación (veinte años) se valoraban como positivos tanto el gobierno lejano del general Velasco Alvarado (1968-1975), de clara tendencia progresista e izquierdista, como al gobierno actual del presidente Alberto Fujimori, considerado de centro, en contraste con las valoraciones negativas de los tres gobiernos intermedios: el de Morales Bermúdez (1975-1980), el del arquitecto Belaúnde Terry (1980-1985) y, por su alta valoración negativa, el del dirigente socialdemócrata del APRA, Alan García Pérez (1985-1990).

Si se comparan los estereotipos de los tres últimos presidentes del Perú, ha destacado la extrema valoración negativa respecto de García Pérez, basada en la atribución general de corrupción; la valoración positiva, aunque moderada, atribuida a Belaúnde Terry, centrada en sus dotes de inteligencia, democratismo y popularidad, y la valoración también positiva de Alberto Fujimori, al que se le atribuyen rasgos positivos de inteligencia, valentía y popularidad, aunque, en contraposición, cierto grado de autoritarismo y cálculo. Alan García Pérez es, entre todos los políticos, el que más desagrada a los peruanos de cualquier ideología y tendencia política, incluso entre algunos de sus propios partidarios políticos del APRA. Véase cuadro 8.

Sobre usos y preferencias informativas en los medios de comunicación, la radio y la televisión son los medios preferidos por los peruanos y a los que dedican más tiempo, en general con una frecuencia de uso y contacto diario. Radio y televisión se utilizan y alternan con carácter complementario según horas y programas favoritos. La lectura de prensa diaria, bastante menor que la exposición a la radio y la televisión, está vinculada a un uso cualitativo por parte de la población peruana más joven y de niveles educativos y profesionales más altos, sobre todo entre los varones.

Se dan matices de opción de programas en el caso de la radio y la televisión según temas y según sus contenidos y calidad. Se prefiere la televisión para conocer la información política nacional y para disfrutar de películas y telenovelas, sobre todo en las cadenas privadas, ya que prácticamente casi nunca se conecta con la cadena estatal, y se prefiere la radio, muy en especial el programa "Radioprogramas de Perú", por su contenido informativo. La prensa diaria se elige por ofrecer más cantidad y variedad de noticias, así como, complementariamente, por su valor objetivo de veracidad y sentido crítico; sobresale la extensa preferencia por la cabecera del diario *El Comercio* de Lima, de orientación liberal conservadora.

El factor atractivo básico de los tres medios de comunicación reside, para la mayoría de los entrevistados, en su alto valor informativo y de actualidad; se valoran también otros aspectos complementarios, como la amenidad de los mensajes o determinados aspectos críticos y morales, como la imparcialidad, el apartidismo y la tolerancia.

Mientras que las noticias locales y nacionales son buscadas en todos los medios, especialmente en la prensa diaria, las noticias internacionales se buscan en la televisión, en primer lugar, y en la prensa en segundo. La información política, económica y cultural, casi exclusivamente en la prensa; la deportiva se busca complementariamente en los tres medios, aunque encuentran mejor entretenimiento en la radio y la televisión.

Desde la perspectiva de la credibilidad, la televisión aparece como el medio más valorado, con cierta importancia también de la prensa y la radio. En contraste, las revistas de actualidad tienen apenas credibilidad, quizá por su alto contenido en opinión y la escasa preferencia por su lectura.

Del análisis de otros aspectos sociales, ideológicos y políticos, resaltamos a continuación algunas cuestiones y resultados principales.

A pesar de haberse realizado la encuesta en algunas de las zonas urbanas más ricas del Perú, como Lima y Arequipa, con niveles importantes de producción e ingresos económicos familiares, la mayoría de los entrevistados creía que sus familias se hallaban en el límite de satisfacción de las necesidades básicas en relación con los ingresos percibidos. Además, uno de cada diez aseguraba que estos ingresos no les alcanzaban para alimentación. En contraste, unas pocas familias reconocían que ellas sí disfrutaban de márgenes importantes de bienestar y que incluso ahorraban algo; coincidían con las familias de clase media y media-alta que habían aparecido en la muestra. Por otro lado, la edad avanzada, la falta de empleo y la escasa o nula educación son factores que aparecen relacionados estructuralmente con la pobreza extrema y con el pesimismo político.

En su identificación ideológica, la población peruana se reconocía más en el centro y centro-derecha que hacia las restantes posiciones. La derecha recogía más adhesión ideológica en conjunto que la izquierda. Las posiciones radicales, tanto de extrema derecha como de extrema izquierda son prácticamente testimoniales. Véase cuadro 9.

Generalmente, quienes se consideraban de centro se identificaban a favor de la opinión política que representa Fujimori y su partido "Nueva Mayoría-Cambio 90" y mostraban cierto nivel de satisfacción con la manera como evolucionaba la

situación política interna. Los que se situaban en la izquierda moderada se identificaban sobre todo con el APRA y el SODE, y admitían que habían sido ellos los que habían apoyado con sus votos a Fujimori en 1990, aunque conviene matizar que ahora desaprueban su política. La derecha moderada y la centro derecha se identificaban con el apoyo masivo que dieron en 1990 al Fredemo, coalición liderada por Mario Vargas Llosa, pero en la actualidad optarían por dar el voto claramente a partidos conservadores, en concreto al Partido Popular Cristiano y a los movimientos “Renovación” y “Libertad”.

Todos los partidos tienen su situación ideológica bien dibujada en el arco que va de la izquierda a la derecha, excepto el caso del APRA, que fue identificado como de centro-izquierda e izquierda-moderada, y en menor porcentaje, como extremista, lo cual lo sitúa curiosamente tanto en la extrema izquierda como en la extrema derecha.

La intención de voto a las distintas opciones, en la hipótesis de que se hubiesen celebrado las elecciones en el momento de realizar la encuesta (noviembre de 1992), hubiera beneficiado claramente al partido que encabeza Fujimori y habría revalidado su triunfo de 1990 al recibir el apoyo de cuatro de cada diez entrevistados, lo que equivaldría a seis de cada diez votantes, es decir, que obtendría mayoría absoluta. Este apoyo es consecuencia, sin duda, del amplio reconocimiento y valoración positiva de Fujimori como el presidente que ha logrado dar estabilidad a la democracia peruana. Y piensan que las únicas soluciones a los problemas de la crisis económica, del terrorismo y del narcotráfico pasan por esta vía. Véase cuadro 10.

3. CONCLUSIONES

En relación con las hipótesis planteadas, de los datos y resultados analizados se deducen claramente las siguientes respuestas:

Existe un importante grado de divorcio entre el sistema político real y la expresión de las actitudes políticas mediante el sistema electoral.

En efecto, si se tiene presente que en la época en que se recopiló la información el autogolpe del presidente había obtenido ya un fuerte apoyo por parte no sólo de los militares, sino también de los empresarios y otros estamentos sociales; que tras los siete meses transcurridos de abril a noviembre se habían apaciguado un tanto los ánimos contrarios de los partidos políticos y de los políticos tradicionales, la reacción de la mayoría no se ha mostrado negativa ante Fujimori, sino más bien comprensiva, hasta llegar a aceptar los hechos políticos consumados y valorarlos además como “necesarios”. Probablemente estas actitudes se deban en buena parte a las circunstancias políticas excepcionales en las que resultó elegido Fujimori y a la fuerte reacción negativa suscitada por el Fredemo como coalición de derechas encabezada por Vargas Llosa, más que a su propia fuerza política personal o de grupo ideológico o partido. También ha coadyuvado a esta acepta-

ción de la nueva situación política (democracia presidencialista tutelada militarmente) la posibilidad de dar solución desde un gobierno presidencial fuerte a algunos de los principales problemas del Perú, a saber: bajar la inflación, terminar con el terrorismo, neutralizar al narcotráfico.

A pesar de que el sistema político peruano en su forma actual goza de un nivel medio de credibilidad (respecto de su representación y eficacia, por ejemplo), las creencias básicas a favor de la democracia parecen desplazarse de la periferia (las instituciones) al centro y sólo preocuparse de exaltar y apoyar la figura presidencial de Fujimori. Insistimos en que lo ven como la única solución posible a los grandes problemas de crisis y subdesarrollo que sufre el Perú de los noventa.

El ciudadano peruano no se siente representado en la política por los partidos políticos.

Hemos verificado con bastante claridad esta actitud política básica. En los resultados se reconocía poco poder a los partidos políticos y éstos aparecían desvalorizados y subordinados a otras instituciones; por ejemplo, a la presidencia de la República, los militares o los empresarios. Por otra parte, los casos de corrupción vinculados a la actuación de determinados partidos políticos y de algunos de sus líderes ha desacreditado en alto grado la función representativa, legislativa e ideológica de los partidos políticos tradicionales, tanto de derecha como de izquierda.

Por tanto, los resultados obtenidos de la población acerca del papel que desempeñan los partidos en la vida política peruana reflejan el hecho de que, pese a ser considerados indispensables en la democracia, no se cree que aporten elementos positivos para el buen funcionamiento de la democracia participativa. Una parte de los ciudadanos declara que, en su opinión —posiblemente basada en los ejemplos de la vida parlamentaria desde 1980 hasta 1990— no cumplen ningún rol y sirven en cambio como estructuras y baluartes para el amparo de la corrupción.

La orientación política y la tendencia del voto de los peruanos están condicionadas por el sistema de comunicación de masas.

Es muy importante la influencia que, como también se comprueba en los resultados de este estudio, tienen los medios de comunicación de masas en la formación, congruencia y cambio de actitudes políticas y, por consiguiente, en la orientación política e ideológica de la mayoría de los peruanos. El poder simbólico de los medios, o su poder de "violencia simbólica" (H. Pross), se ejerce en mayor medida sobre las clases populares mediante la radio y la televisión; también operan sobre las clases medias y las minorías que leen habitualmente prensa diaria y revistas, si bien en menor medida de influencia por las posibilidades que tienen estos grupos sociales de contrastar la información y significados de los mensajes por otros medios, viajes, lecturas, etcétera.

CUADRO 1

LOS TRES PRINCIPALES PROBLEMAS DEL PERÚ (RESPUESTA MÚLTIPLE) SEGÚN ZONA RESIDENCIAL,
CIUDAD RESIDENCIAL Y TIEMPO QUE LLEVA EN DICHA CIUDAD

	<i>Total</i>	<i>Zona Residencial</i>		<i>Ciudad Residencial</i>			<i>Tiempo que reside en esta ciudad</i>		
		<i>Lima</i>	<i>Sierra</i>	<i>Lima</i>	<i>Arequipa</i>	<i>Cuzco</i>	<i>- 10 años</i>	<i>+ 10 años</i>	<i>Toda la vida, nació aquí</i>
El terrorismo	53.7	55.9	50.4	55.9	50.6	50.2	51.0	52.6	55.3
Crisis económica, recesión	52.2	57.3	44.3	57.3	40.1	48.6	57.6	49.6	52.8
Falta de trabajo, desempleo	51.8	49.4	55.7	49.4	58.4	52.9	45.0	54.7	51.4
Pobreza	27.1	22.5	34.4	22.5	34.2	34.5	33.1	27.0	25.8
Corrupción, sobornos, coimas	16.5	14.3	20.1	14.3	23.0	17.3	15.2	17.4	15.9
Crisis instituciones políticas	13.0	11.8	15.0	11.8	15.6	14.5	16.6	12.6	12.7
Precios altos alimentos	12.4	9.8	16.6	9.8	19.5	13.7	9.3	15.7	10.6
Falta oportunidades educativas	10.4	11.5	8.8	11.5	9.3	8.2	17.9	8.5	10.2
Hambre	9.7	8.4	11.7	8.4	7.4	16.1	9.3	9.4	10.1
Narcotráfico	8.2	10.5	4.7	10.5	6.6	2.7	9.9	7.7	8.3
Violencia callejera, delincuencia	7.6	9.5	4.7	9.5	4.3	5.1	4.6	8.5	7.7
Escasez productos 1ª necesidad	5.3	2.5	9.8	2.5	11.3	8.2	3.3	6.2	5.2
Ineficiencia Estado. Burocracia	4.6	3.1	7.0	3.1	10.5	3.5	4.6	4.7	4.7
Total									
N =	(1 312)	(800)	(512)	(800)	(257)	(255)	(151)	(470)	(687)

CUADRO 2

LOS TRES PRINCIPALES PROBLEMAS DEL PERÚ (RESPUESTA MÚLTIPLE) SEGÚN SEXO, EDAD Y ESTADO CIVIL

	<i>Total</i>	<i>Sexo</i>		<i>Edad</i>				<i>Estado civil</i>		
		<i>Hombre</i>	<i>Mujer</i>	<i>18-25</i>	<i>26-35</i>	<i>36-46</i>	<i>46-60</i>	<i>Soltero</i>	<i>Casado. conv.</i>	<i>Viudo, separado</i>
El terrorismo	53.7	53.8	53.7	59.1	56.2	49.6	47.2	60.6	49.2	56.1
Crisis económica. Recesión	52.2	54.4	50.1	48.8	54.1	56.0	50.7	54.2	51.6	45.5
Falta de trabajo. Desempleo	51.8	48.1	55.5	49.3	52.8	48.9	56.6	49.1	53.4	53.1
Pobreza	27.1	25.3	29.0	25.2	26.5	28.7	29.0	22.5	28.8	42.4
Corrupción, sobornos, coimas	16.5	20.5	12.7	15.5	15.6	18.3	17.5	17.5	16.1	15.2
Crisis instituciones políticas	13.0	15.7	10.4	14.7	11.1	17.2	9.4	14.6	12.4	9.1
Precios altos alimentos	12.4	9.2	15.5	9.7	11.9	15.3	14.0	6.6	15.8	16.7
Falta oportunidades educativas	10.4	11.1	9.8	13.4	12.5	8.2	5.9	13.8	8.8	4.5
Hambre	9.7	9.6	9.8	8.7	9.0	9.3	12.2	9.7	9.3	12.1
Narcotráfico	8.2	9.2	7.2	8.7	10.6	4.9	7.7	9.1	7.8	7.6
Violencia callejera. Delincuencia	7.6	6.2	9.0	8.4	5.3	9.3	8.0	7.4	7.5	10.6
Escasez productos 1ª necesidad	5.3	4.0	6.6	3.1	5.0	5.6	8.4	4.1	6.1	4.5
Ineficiencia Estado. Burocracia	4.6	6.6	2.7	5.5	4.2	6.0	2.8	6.4	3.8	1.5
Total										
N =	(1 312)	(649)	(663)	(381)	(377)	(268)	(286)	(485)	(760)	(66)

CUADRO 3
 LOS TRES PRINCIPALES PROBLEMAS DEL PERÚ (RESPUESTA MÚLTIPLE) SEGÚN OCUPACIÓN PRINCIPAL,
 NIVEL DE ESTUDIOS Y TIPO DE TRABAJO

	<i>Ocupación principal</i>						<i>Nivel de estudios</i>			<i>Tipo de trabajo</i>			
	<i>Total</i>	<i>Trabaj.</i>	<i>Labores hog.</i>	<i>Jubil.</i>	<i>Desempleado</i>	<i>Estud.</i>	<i>Sin est. o prim.</i>	<i>Algún año sec.</i>	<i>Sup. no univ.</i>	<i>Univers.</i>	<i>Tecn. Empleado</i>	<i>Obrero</i>	<i>Empresario industrial</i>
El terrorismo	53.7	55.7	49.3	39.7	50.9	56.3	41.3	54.8	56.1	57.3	58.4	48.8	56.3
Crisis económ. Recesión	52.2	54.3	45.6	39.7	61.4	51.9	41.3	46.6	58.7	59.5	52.9	50.0	66.7
Falta trabajo. Desempl.	51.8	48.4	62.8	58.6	49.1	53.2	57.2	56.6	47.6	46.7	51.2	49.0	38.9
Pobreza	27.1	26.0	32.1	34.5	26.3	23.4	35.3	26.9	25.8	24.1	24.4	28.4	25.0
Corrupción. Sobornos	16.5	17.1	11.2	22.4	19.3	17.7	13.9	17.0	12.5	20.1	16.8	15.2	20.8
Crisis inst. políticas	13.0	12.8	8.4	15.5	15.8	19.0	4.5	11.5	14.0	18.3	12.4	10.8	15.3
Precios altos alimentos	12.4	10.8	19.1	20.7	17.5	7.0	20.9	13.3	11.1	8.0	10.5	13.7	9.0
Falta oport. educativas	10.4	10.3	7.9	5.2	8.8	17.1	4.0	10.4	13.3	11.8	10.0	9.3	13.2
Hambre	9.7	9.6	10.2	13.8	7.0	8.2	17.4	9.5	7.4	7.5	9.2	14.2	5.6
Narcotráfico	8.2	9.4	6.0	6.9	5.3	7.0	3.0	9.7	9.6	8.3	10.5	5.4	11.8
Violencia callejera	7.6	8.3	7.4	3.4	3.5	7.6	5.0	9.0	9.6	6.0	10.2	6.4	5.6
Escasez prod. 1ª necesid.	5.3	3.6	10.2	13.8	7.0	3.8	11.9	4.8	4.1	3.5	3.7	4.9	0.7
Inefic. Estado. Burocrac.	4.6	4.7	1.4	5.2	7.0	7.6	2.5	3.6	3.0	8.0	3.9	3.4	8.3
Total													
N =	(1 312)	(823)	(215)	(58)	(57)	(158)	(201)	(442)	(271)	(398)	(459)	(204)	(144)

CUADRO 4

OPINIONES SOBRE EL SISTEMA POLÍTICO (AUTORITARISMO. DEMOCRATISMO) SEGÚN SEXO,
EDAD, OCUPACIÓN PRINCIPAL, ZONA RESIDENCIAL Y NIVEL DE ESTUDIOS

	Sexo		Edad				Ocupación				Zona residen.		Nivel de estudios					
	Total	Hombre	Mujer	18-25	26-35	36-46	46-60	Trabaja	Hogar	Jubilado	Desemp.	Estud.	Lima	Sierra	Sin/ prima.	Secun.	Sup./no univ.	Univer.
Mejor régimen autoritario que democracia	17.0	16.3	17.6	15.2	17.5	16.4	19.2	16.5	20.9	19.0	15.8	13.9	17.8	15.8	14.9	14.0	22.1	17.8
Personalmente da lo mismo autoritarismo que democracia	8.5	6.5	10.6	7.9	7.7	9.7	9.4	7.3	14.4	3.4	8.8	8.9	8.5	8.6	13.4	10.2	8.9	4.0
La democracia es siempre preferible a otro gobierno	66.5	70.6	62.6	70.3	66.6	66.8	61.2	68.9	51.6	69.0	63.2	74.7	69.4	62.1	48.3	67.2	65.7	75.6
Ns/nc	7.9	6.7	9.2	6.5	8.3	7.1	10.1	7.3	13.0	8.6	12.3	2.5	4.4	13.5	23.4	8.6	3.3	2.5
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
N =	(1 312)	(649)	(663)	(381)	(377)	(268)	(286)	(823)	(215)	(58)	(57)	(158)	(800)	(512)	(201)	(442)	(271)	(398)

CUADRO 5
VALORACIÓN SUBJETIVA DEL PARLAMENTO-CONGRESO DEL PERÚ SEGÚN SEXO, EDAD,
OCUPACIÓN PRINCIPAL, ZONA RESIDENCIAL Y NIVEL DE ESTUDIOS

	<i>Sexo</i>			<i>Edad</i>				<i>Ocupación</i>				<i>Zona residenc.</i>		<i>Nivel de estudios</i>				
	<i>Total</i>	<i>Hombre</i>	<i>Mujer</i>	<i>18-25</i>	<i>26-35</i>	<i>36-46</i>	<i>46-60</i>	<i>Trabaja</i>	<i>Hogar</i>	<i>Jubilado</i>	<i>Desempl.</i>	<i>Estud.</i>	<i>Lima</i>	<i>Sierra</i>	<i>Sim/- prima.</i>	<i>Secun.</i>	<i>Sup./n o univ.</i>	<i>Univer.</i>
Bien	8.9	10.8	7.1	9.4	8.8	9.0	8.4	8.4	8.8	8.6	5.3	13.3	10.0	7.2	5.0	9.7	8.5	10.3
Ni bien ni mal	31.5	28.2	34.7	37.3	29.7	31.3	26.2	31.7	33.5	19.0	29.8	32.9	35.8	24.8	27.9	36.2	31.4	28.1
Mal	41.3	45.1	37.6	39.1	42.4	40.7	43.4	43.5	27.0	53.4	54.4	39.9	44.4	36.5	25.9	36.7	44.3	52.3
NS/NC	18.3	15.9	20.7	14.2	19.1	19.0	22.0	16.4	30.7	19.0	10.5	13.9	9.9	31.4	41.3	17.4	15.9	9.3
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
N =	(1 312)	(649)	(663)	(381)	(377)	(268)	(286)	(823)	(215)	(58)	(57)	(158)	(800)	(512)	(201)	(442)	(271)	(398)

CUADRO 6

VALORACION SUBJETIVA DE LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA SEGÚN SEXO, EDAD,
OCUPACIÓN PRINCIPAL, ZONA RESIDENCIAL Y NIVEL DE ESTUDIOS

	Sexo			Edad				Ocupación					Zona residenc.		Nivel de estudios			
	Total	Hombre	Mujer	18-25	26-35	36-46	46-60	Trabaja	Hogar	Jubilado	Desempl.	Estud.	Lima	Sierra	Sin/ prima.	Secun.	Sup./ no univ.	Univers.
Bien	30.3	32.5	28.1	33.9	29.4	29.1	27.6	30.7	26.0	19.0	33.3	36.7	33.6	25.0	16.9	29.2	37.3	33.4
Ni bien ni mal	43.5	43.1	43.9	44.9	45.1	41.0	42.0	44.2	39.1	50.0	45.6	43.0	47.3	37.7	41.8	46.4	42.8	41.7
Mal	11.8	12.5	11.2	9.4	12.2	13.8	12.6	11.9	10.7	13.8	14.0	10.8	11.1	12.9	6.0	10.4	8.9	18.3
Ns/nc	14.4	11.9	16.9	11.8	13.3	16.0	17.8	13.1	24.2	17.2	7.0	9.5	8.0	24.4	35.3	14.0	11.1	6.5
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
N =	(1 312)	(649)	(663)	(381)	(377)	(268)	(286)	(823)	(215)	(58)	(57)	(158)	(800)	(512)	(201)	(442)	(271)	(398)

CUADRO 7

APROBACIÓN O DESAPROBACIÓN DE LA GESTIÓN QUE VIENE REALIZANDO EL GOBIERNO DE FUJIMORI SEGÚN SEXO, EDAD,
OCUPACIÓN PRINCIPAL, ZONA RESIDENCIAL Y NIVEL DE ESTUDIOS

	<i>Sexo</i>			<i>Edad</i>				<i>Ocupación</i>				<i>Zona residenc.</i>		<i>Nivel de estudios</i>				
	<i>Total</i>	<i>Hombre</i>	<i>Mujer</i>	<i>18-25</i>	<i>26-35</i>	<i>36-46</i>	<i>46-60</i>	<i>Trabaja</i>	<i>Hogar</i>	<i>Jubilado</i>	<i>Desemp.</i>	<i>Estud.</i>	<i>Lima</i>	<i>Sierra</i>	<i>Sin/ prima.</i>	<i>Secun.</i>	<i>Sup./no univ.</i>	<i>Univers.</i>
Aprueba	76.5	77.9	75.1	80.1	78.0	72.1	73.7	77.9	72.1	70.9	76.9	77.4	77.4	75.0	77.5	78.5	80.5	71.1
Desaprueba	22.2	21.0	23.5	19.3	20.3	25.9	24.8	20.6	25.9	29.1	21.2	22.6	20.8	24.4	20.3	20.4	18.3	27.6
Ns/nc	1.3	1.1	1.4	0.6	1.7	2.0	1.5	1.5	2.0	—	1.9	—	1.8	0.6	2.2	1.1	1.2	1.3
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
N =	(1 237)	(614)	(623)	(357)	(355)	(251)	(274)	(782)	(201)	(55)	(52)	(146)	(761)	(476)	(182)	(427)	(251)	(377)

CUADRO 8

ATRIBUTOS ADSCRITOS A LA IMAGEN DEL PRESIDENTE FUJIMORI (RESPUESTA MÚLTIPLE). ZONA RESIDENCIAL Y NIVEL DE ESTUDIOS

	Sexo			Edad				Ocupación					Zona residenc.		Nivel de estudios			
	Total	Hombre	Mujer	18-25	26-35	36-46	46-60	Trabaja	Hogar	Jubilado	Desempl.	Estud.	Lima	Sierra	Sin/prim.	Secun.	Sup./no univ.	Univers.
Inteligente	36.9	36.3	37.5	39.8	36.9	32.7	37.0	37.0	37.6	25.9	47.4	36.1	38.4	34.6	40.8	35.5	38.7	35.4
Autoritario	24.5	23.9	25.0	23.0	24.1	28.9	22.8	23.8	22.4	34.5	26.3	25.9	24.0	25.2	16.1	20.7	22.9	33.7
Valiente	22.5	23.0	22.0	18.2	21.1	26.3	26.3	22.2	25.2	27.6	19.3	19.6	22.5	22.5	24.5	24.8	22.5	18.8
Calculador	22.5	26.6	18.3	17.4	24.6	26.3	22.4	23.3	17.6	27.6	21.1	22.2	24.1	19.7	14.1	18.2	25.1	29.1
Popular	20.2	20.3	20.0	23.7	21.9	18.6	14.3	21.6	14.8	10.3	21.1	23.4	17.9	23.7	18.8	20.5	21.4	19.6
Espontáneo	10.2	11.0	9.5	10.0	13.1	7.5	9.3	9.9	8.6	12.1	5.3	15.2	9.8	10.9	5.2	10.7	10.3	12.1
Prudente	11.9	12.0	11.9	15.0	12.6	8.6	10.0	12.0	12.4	8.6	15.8	10.8	12.4	11.1	8.9	12.3	13.3	12.1
Sincero	9.5	9.2	9.8	10.6	7.2	11.3	9.3	10.3	8.1	5.2	8.8	8.9	9.2	9.9	10.9	10.5	10.7	6.8
Democrático	7.6	6.5	8.7	12.1	7.0	3.8	6.0	7.5	7.6	—	8.8	10.8	8.3	6.6	7.8	9.6	7.7	5.3
Honesto	5.5	4.8	6.3	7.4	3.2	5.3	6.4	6.6	3.8	3.4	1.8	4.4	6.3	4.4	7.8	7.1	5.2	3.0
Vivo	5.7	6.2	5.2	4.7	6.4	5.6	6.0	5.6	6.2	10.3	1.8	5.1	6.0	5.2	7.3	6.4	5.2	4.5
Total																		
N =	(1 312)	(644)	(656)	(379)	(374)	(266)	(281)	(816)	(210)	(58)	(57)	(158)	(797)	(503)	(192)	(439)	(271)	(398)

CUADRO 9

AUTOPOSICIÓN IDEOLÓGICA DE LOS ENTREVISTADOS SEGÚN SEXO, EDAD, OCUPACIÓN PRINCIPAL, ZONA RESIDENCIAL Y NIVEL DE ESTUDIOS

	Sexo			Edad				Ocupación					Zona residenc.		Nivel de estudios			
	Total	Hombre	Mujer	18-25	26-35	36-46	46-60	Trabaja	Hogar	Jubilado	Desempl.	Estud.	Lima	Sierra	Sin/prima.	Secun.	Sup./no univ.	Univers.
Extrema izquierda	1.1	1.7	0.6	0.8	1.3	0.7	2.1	1.0	1.9	—	3.5	0.6	1.3	1.0	0.5	0.9	1.8	1.3
Izquierda moderada	12.3	13.1	11.5	11.0	11.6	10.0	9.4	12.0	10.2	19.0	14.0	13.3	9.9	16.0	12.4	11.1	11.4	14.1
Centro izquierda	7.4	9.4	5.4	6.0	8.1	9.7	5.8	7.8	3.7	13.8	10.5	7.0	7.3	7.6	5.5	7.7	4.4	10.1
Centro	26.1	26.3	25.9	28.2	27.9	29.2	24.9	28.9	22.3	13.8	21.1	23.4	28.3	22.9	16.9	24.9	30.3	29.4
Centro derecha	14.3	13.6	15.1	18.0	13.9	15.6	14.9	14.5	13.0	17.2	7.0	17.1	16.3	11.3	11.9	15.4	14.4	14.3
Derecha moderada	19.5	21.3	17.8	22.6	21.8	17.3	23.7	18.7	17.2	19.0	29.8	22.8	22.5	14.8	15.9	17.9	22.1	21.4
Extrema derecha	1.3	1.6	0.8	0.8	2.0	1.2	2.0	1.8	0.9	—	—	—	1.6	0.8	1.0	1.6	1.1	1.3
Ns/nc	17.9	12.8	22.9	12.6	13.3	22.2	17.1	15.3	30.7	17.2	14.0	15.8	13.0	25.6	35.8	20.6	14.4	8.3
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
N =	(1 312)	(649)	(663)	(381)	(377)	(268)	(286)	(823)	(215)	(58)	(57)	(158)	(800)	(512)	(201)	(442)	(271)	(398)

CUADRO 10
 INTENCIÓN DE VOTO PARA LAS PRÓXIMAS ELECCIONES PRESIDENCIALES SEGÚN SEXO, EDAD,
 OCUPACIÓN PRINCIPAL, ZONA RESIDENCIAL Y NIVEL DE ESTUDIOS

	Sexo			Edad				Ocupación					Zona residenc.			Nivel de estudios		
	Total	Hombre	Mujer	18-25	26-35	36-46	46-60	Trabaja	Hogar	Jubilado	Desempl.	Estud.	Lima	Sierra	Sin/prima.	Secun.	Sup./no univ.	Univers.
PPC	7.1	6.9	7.2	7.3	7.7	6.0	7.0	6.7	7.0	10.3	10.5	7.0	8.6	4.7	3.0	7.0	7.0	9.3
SODE	9.2	10.5	8.0	7.9	9.3	11.6	8.7	9.2	6.5	13.8	14.0	9.5	9.5	8.8	10.4	8.8	9.6	8.8
Mov. Renovación	4.6	4.3	4.0	5.5	4.8	3.4	4.5	4.5	6.0	1.7	3.5	5.1	5.9	2.7	2.5	4.1	6.6	5.0
AP	3.1	3.7	2.6	1.8	1.9	4.5	5.2	2.9	2.3	13.8	1.8	1.3	2.1	4.7	4.5	2.5	2.6	3.5
APRA	3.9	4.6	3.2	3.1	4.2	4.1	4.2	4.0	3.3	3.4	5.3	3.8	3.9	3.9	2.5	5.0	2.6	4.3
Cambio 90	37.4	37.8	37.1	41.5	37.9	34.3	34.3	38.3	37.2	27.6	33.3	38.6	38.6	35.5	36.8	41.2	38.4	32.9
Mov. Libertad	4.3	3.5	5.1	5.5	4.8	3.7	2.8	4.0	3.3	—	7.0	8.2	4.4	4.3	1.0	3.4	6.3	5.8
Ninguno	30.3	28.7	31.8	27.3	29.4	32.5	33.2	30.4	34.4	29.3	24.6	26.6	27.0	35.4	39.3	28.1	26.9	30.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
N =	(1 312)	(649)	(663)	(381)	(377)	(268)	(286)	(823)	(215)	(58)	(57)	(158)	(800)	(512)	(201)	(442)	(271)	(398)

El Comercio, como periódico de “referencia dominante”, es el preferido por todo tipo de lectores para informarse de temas políticos, locales, nacionales e internacionales. Por su orientación liberal-conservadora, aunque independiente de partidos políticos, ha concentrado el poder de la opinión mayoritaria defendiendo un modelo capitalista liberal entre centro y derecha que favorece, más indirecta que directamente, al partido representado por Fujimori, a él como presidente y a su política económica. Este diario tiene un gran poder de penetración en la opinión pública, crea climas de opinión sobre el sistema y las instituciones democráticas, defiende el liberalismo económico y político e influye sobre “los líderes de opinión” (E. Katz) y sobre todo tipo de grupos políticos e ideológicos de cualquier orientación. Sobre las clases bajas destaca el poder como noticiero informativo de “Radioprogramas del Perú”, y los de las cadenas privadas de televisión, todas importantes por su gran audiencia.

Estos medios mantienen a su vez un cierto nivel crítico y analítico, bien sea de forma seria, bien en formas cómicas, de parodia, etcétera, con efectos importantes en la formación de opinión de los ciudadanos en cuanto a aceptar las peculiaridades de la “democracia peruana” o de la “vía de Fujimori hacia la democracia” y de la valoración de los políticos y los partidos políticos en general, de derecha y de izquierda.

Los ciudadanos se manifiestan en sus opiniones y actitudes políticas claramente favorables a un cambio político de acumulación presidencial del poder.

Hay indudablemente una estrecha correlación entre el cambio político institucional derivado del autogolpe de Estado de abril de 1992 y determinadas actitudes anteriores de crítica a la democracia por la ciudadanía, vertidas principalmente contra el papel de los congresistas y el Congreso y la valoración y representación de los dos anteriores presidentes del Perú (Belaúnde Terry y García Pérez). No obstante, la mayoría de las actitudes de los peruanos son prodemocráticas, pero matizadas por cierta nostalgia y necesidad de un determinado nivel de autoritarismo político, siempre y cuando éste sea popular. De ahí ciertas analogías que se han realizado entre el perfil político y personal del general Velasco Alvarado, quien apoyado por determinado grupo de militares izquierdistas dio un golpe de Estado en 1968 con fines tanto nacionalistas como democratizadores, y el perfil del presidente Alberto Fujimori, desde su reiterado autogolpe de abril de 1992.

Todos los resultados indican el indiscutible apoyo popular de que goza Fujimori por parte de una mayoría de peruanos de diferentes clases sociales, y pese a que los antiguos y clásicos votantes de las opciones de centro-derecha y derecha (los que apoyaron en 1990 al Fredemo) opinan que el autogolpe ha sido de dudosa intención democrática, muchos de ellos lo justifican ahora en razón de los conflictos que las restantes instancias de la democracia creaban al gobierno.

Dada la penosa situación económica y política del Perú, las únicas perspectivas de futuro de índole positiva se esperan de la gestión política creada por la acumulación de poderes del presidente. Las expectativas creadas por Fujimori han logrado identificarse con las aspiraciones de la mayoría de la población peruana, que desea un gobierno fuerte, paz y estabilidad política y económica.

La imagen del presidente es de un político fuerte y con apoyos, que desprecia otorgar el poder a otras instituciones políticas cuando éstas no lo apoyan ciegamente, esto es, que desconfía del juego democrático, pero que es audaz y valiente en la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico y que ha conseguido ciertos éxitos contra la inflación. Sus enemigos principales se encuentran entre los seguidores extremistas del APRA y las filas políticas de algunos partidos y movimientos de derecha.

Existe un factor perturbador en la política peruana de carácter mesiánico y milenarista: el poder terrorista de Sendero Luminoso y del MRTA (Movimiento Revolucionario Tupac Amaru), que influye directamente sobre determinadas actitudes de crítica a la democracia y de apoyo al modelo presidencialista y autoritario de Fujimori.

La actividad terrorista de ambos movimientos de extrema izquierda, muy premeditada y sangrienta, sobre todo durante 1991 y el primer semestre de 1992, ha causado siempre importantes reacciones negativas de la población urbana, sobre todo de la limeña, que a raíz de determinados atentados en la propia capital se ha organizado en rondas urbanas de autodefensa.

Ante el fenómeno del terrorismo, la población se quejaba de la incapacidad represora del gobierno para combatirlo y criticaba la debilidad de determinadas instituciones democráticas. Malestar social que, sin duda, ha servido de apoyo a la "política" del autogolpe de Estado, el cual venía fraguándose con gran despliegue por parte de Fujimori, de la policía y las fuerzas militares para reprimir el terrorismo u otras manifestaciones violentas, junto con el grave enfrentamiento entre el ejecutivo y el legislativo. La mayoría está de acuerdo y apoya sin paliativos las acciones contraterroristas de la policía y el ejército y ve con buenos ojos la organización de rondas de autodefensa campesinas y urbanas como método eficaz de lucha contra los atentados; así se han organizado, por ejemplo, en barrios residenciales de Lima y en barrios obreros como Villa El Salvador. También la mayoría ha mostrado su acuerdo por la reinstauración de la pena de muerte para los delitos de terrorismo y la necesidad de que sea reconocida por la ley constitucional.

La memoria histórica persiste en la vida pública peruana mediante el recuerdo y valoración de las actuaciones de sus últimos presidentes democráticos.

Todos los resultados revelan directa e indirectamente la extraordinaria importancia que tiene en la vida política peruana la institución de la presidencia del gobierno, hasta el punto de que se superpone a cualquier otra institución política (excluida quizá la Constitución) y a cualquier otro tipo de autoridad, económica, religiosa, etcétera. La figura del presidente es altamente reconocida y valorada.

El recuerdo de los presidentes peruanos anteriores al actual es vivo e importante, con diferente valoración según el presidente de que se trate: muy positiva para Velasco Alvarado, medianamente positiva para Belaúnde Terry y claramente negativa para Morales Bermúdez y García Pérez. La memoria histórica persiste no sólo respecto de la figura política y pública de los presidentes, sino también de sus rasgos personales más sobresalientes. A Belaúnde Terry se le recuerda por su inteligencia, bondad, tolerancia y paternalismo; a García Pérez claramente por su co-

rupción; a Velasco Alvarado se le atribuyen valoraciones muy positivas y se le evoca como el primer presidente “moderno”. Muchos han querido ver en Fujimori una continuación del estilo caudillista de Velasco y, aunque éste gobernó en circunstancias muy diferentes, creen que hay suficiente paralelismo entre ambos: fuerte populismo, apoyo en los militares, autoritarismo personal y político. Como si el círculo del caudillaje en Perú empezase con Velasco Alvarado y culminase con Fujimori.

Existe una cultura política de la participación ciudadana en el Perú contemporáneo.

La investigación ha mostrado que efectivamente hay en el Perú contemporáneo una cultura de la participación política, la cual parece estar fundamentada en el común reconocimiento de la Carta constituyente de derechos y deberes políticos, si bien se trata de una cultura de honda raíz jerárquica, simbolizada en el papel presidencial por encima de cualquier otra instancia política. En general, la desvalorización de las demás instituciones políticas es clara y constante, de especial animadversión a los partidos y las personalidades políticas, “excepto, naturalmente, al presidente de la nación”, como se dice en alguna de las entrevistas.

La participación más valorada por los ciudadanos peruanos con vistas a conseguir una verdadera representatividad democrática y eficiencia política se refiere al nivel municipal y la elección de alcalde. En este tipo de elecciones se da verdadera disputa política y el más alto grado de participación directa. Entre dicho nivel institucional y su otro extremo, el de la presidencia de la República y la devoción que infunde, aparece un gran vacío político, una carencia de instituciones mediadoras, como si el ciudadano no lo considerase necesario. Situación que pensamos es, en parte, efecto de la opinión crítica de los medios de comunicación y, en parte, efecto del poder persuasivo del presidente.

No obstante, según las intenciones manifestadas de participación en elecciones, ésta ha sido —y sigue siendo—, bastante alta. Sin embargo, la participación directa en organizaciones políticas y sindicales es muy baja. Por otro lado, se da un grado medio de participación en asociaciones voluntarias, tales como vecinales, religiosas, de defensa de los derechos de la mujer, de los hijos —por ejemplo, la “Gota de leche”— etcétera, que complementan a nivel local, o contrarrestan según los casos, la representatividad municipal.

De este modo se mantiene una cultura que podría denominarse “cuasi cívica”, pero que se agota en los comportamientos estancos y localistas en los que opera la vida política cotidiana e inmediata, y que deja las grandes decisiones y la alta política en manos casi exclusivamente del presidente de la República, y de su partido.

De los resultados de la investigación sociológica realizada en Perú a finales de 1992, pensamos se obtienen conclusiones importantes acerca de las características de su modelo de cultura política autoritaria, que a su vez pueden considerarse nuevas hipótesis para plantearse en posteriores investigaciones.

El modelo peruano de cultura política vigente en la década de los años noventa muestra principalmente dos aspectos:

1) La búsqueda de formas directas de participación política orientadas hacia la representación dentro de los movimientos ciudadanos (vecinales, de autodefensa contra el terrorismo, gremiales, etcétera), más que hacia otras formas de organización política e ideológica como los partidos clásicos.

2) El escaso interés por el ejercicio del sufragio para la representación parlamentaria y, en contraposición, la importancia de la participación indirecta en las elecciones locales y presidenciales a fin de mantener las instituciones correspondientes en manos de personalidades “fuertes”, sobre todo la presidencia de la República.

Este comportamiento evidencia la visión negativa de la mayoría de los ciudadanos peruanos respecto de las principales instituciones políticas intermedias y limitadoras muchas veces, en su opinión, del poder presidencial, como es el caso del Congreso y del Tribunal de Garantías Constitucionales.

Así pues, en Perú predomina la aceptación del autoritarismo como modelo cultural asociado a la personalización de la institución política, pero sólo a nivel local (alcaldía) y nacional (presidencia). El claro desinterés y desprecio por las citadas instituciones intermedias (sobre todo el Parlamento) se vincula con la frecuente corrupción de muchos de los políticos elegidos en las urnas. En el caso del gobierno aprista de Alan García, la corrupción alcanzó a la venerada institución presidencial, como ya hemos señalado.

La personalización, y la consiguiente actitud de sumisión que entraña el autoritarismo, no es una característica privativa del modelo político peruano, ya que lo encontramos en la mayor parte de las naciones latinoamericanas, por supuesto en distinto grado y con elementos culturales y políticos diversos y específicos de cada país.

La violencia terrorista de extrema izquierda, especialmente la ejercida por Sendero Luminoso, no ha conseguido —ni siquiera en su brutal escalada de los años 1991 a 1993— ninguno de sus objetivos (insurrección popular, desprestigio del ejército y la policía, etcétera). Más bien sus acciones han servido de espoleta para la represión selectiva de los “activistas”, aunque sí han contribuido a crear desestabilización y contradicciones en el seno de las fuerzas democráticas. Prueba de esta desestabilización ha sido el abandono o la pérdida de representación de muchos de los políticos “profesionales” de los partidos tradicionales.

El rechazo a la modernidad en Perú es la tesis que ciertos autores esgrimen como idea-clave que permitiría analizar y comprender la permanencia del autoritarismo y el éxito de la personalidad mesiánica de Fujimori —“salvador de la patria”— en su primer mandato, así como el refrendo popular obtenido en diversas ocasiones (sin olvidar el golpe de efecto conseguido con la captura en 1994 del máximo dirigente de Sendero Luminoso). Esta persistencia de una cultura cívica autoritaria es, junto con el grave problema del subdesarrollo en la zona andina y la excesiva tendencia a la mercantilización de la industria nacional, una de las causas que mantiene al Perú en la pobreza y marginación. También las diversas etnias, que coexisten más o menos interrelacionadas entre sí, y la exclusión social que sufren amplios sectores de población indígena (por ejemplo, la población de los “indios de la Sierra”, estimada en siete millones de personas, incapaces de in-

tegrarse en la economía y la sociedad “normalizada” de los blanquitos de la Costa y de los mestizos de la Sierra) es también un factor que dificulta el lento proceso de modernización.³²

La estructura social, económica y política de Perú tiene raíces profundas y efectos constantes sobre las actitudes cívicas, orientadas a aceptar una cultura política inequitativa. Los resultados de la investigación realizada revelan, al fin y al cabo, la adecuación entre la cultura política de la mayoría de la población, semisometida al paternalismo político y el autoritarismo semipaternalista del presidente de la República. La actitud de Fujimori es, pues, política: conoce al pueblo que gobierna y a los grupos sociales (empresarios, militares, miembros de la Iglesia) que encarnan el autoritarismo económico y político.

Se comprende, por tanto, el triunfo rotundo de Fujimori y de su partido en las elecciones celebradas en los últimos cinco años. Su éxito personal en las últimas presidenciales del 2 de abril de 1995 le asegura un nuevo mandato. El decisivo apoyo de los militares lo sigue manteniendo y la Constitución está hecha a su medida. El poder civil y el militar se entrecruzan y confunden.

La adecuación entre la estructura creada por el poder autoritario, personalista y paternalista y la cultura política de participación ciudadana sometida a esa estructura se verifica una vez más en un país de América Latina. En este caso, en una nación como Perú, con su tradición de autoritarismo político y militar. A pesar de ello, se pueden entrever indicios suficientes en las actitudes políticas de buena parte de los ciudadanos, sobre todo entre las nuevas clases medias, hacia el cambio político y su deseo de participar en una cultura política verdaderamente democrática e igualitaria.

BIBLIOGRAFÍA

- Abugattas, J. (1990), *Estado y sociedad: relaciones peligrosas*, Lima, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (Desco).
- Adrianzen, A. (1990), *Pensamiento político peruano, 1930-1968*, Lima, Desco.
- Alcántara Sáez, M. (1991), “Sobre el concepto de países en vías de consolidación en América Latina”, *Revista de Estudios Políticos*, núm. 74, 1991, pp. 113-130.
- Almond, G. y S. Verba (1970), *La cultura cívica*, Madrid, Euramérica.
- Balbi, C. R., *Movimientos sociales. Elementos para una relectura*, Lima, Desco.
- Blanco, D. (1986), “Roles actanciales de los trabajadores en el discurso periodístico de la izquierda”, *Contratexto*, núm. 2, Lima, Univ. de Lima.
- Cáceres Vega, B. (1989), *Perú, comunicación o violencia*, Lima, Desco.

³² M. Calamai, “Perú, el rechazo de la modernidad”, *Leviatán*, núm. 32, 1988, pp. 135-156.

- Calvimontes, J., R. Roncagliolo y otros (1978), *Bolivia y Perú. Información y cambio social*, México, UNAM.
- Cava Rozzi, M. (1991), "Más allá de las transiciones a la democracia en América Latina", *Revista de Estudios Políticos*, núm. 74, pp. 85-112.
- Ceresole, N. (comp.), (1987), *Perú: Sendero Luminoso, ejército y democracia*, Madrid, Ediciones Iberoamericanas.
- Corona, D. (coord.), (1991), *Crisis y transición democrática en los países andinos*, Bogotá, Centro de Estudios de la Realidad Colombiana (Cerec).
- Cumplido, F. (1984), *El sistema democrático en América Latina*, Santiago de Chile, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (Icheh).
- Curran, J. y otros (1980), *Sociedad y comunicación de masas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Daloy, R. E. y R. López Pintor (1982), *Iberoamérica en los años 80*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Del Águila, R. y R. Montoro (1984), *El discurso político de la transición*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (1989), *Violencia política en el Perú: 1980-1988*, Lima, Desco.
- Deutsch, K. W. (1985), *Los nervios del gobierno. Modelos de comunicación y control político*, México, Paidós.
- Dietz, M. (1986), *Perspectivas de la opinión pública en movilización electoral: datos a través de regímenes en el Perú*, Lima, Universidad del Pacífico.
- Ferrero Costa, E. (comp.), (1990), *América Latina, el Perú y los cambios del sistema internacional*.
- Fox, E. (1989), *Medios de comunicación y política en América Latina. La lucha por la democracia*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Franco Cortez, C. (1989), *El Perú de los 90: un camino posible*, Lima, CEDEP.
- Fundación Foessa (1981), *Informe sobre el cambio político en España 1975-1991*, Madrid, Euramérica.
- Gallardo, H., *Actores y procesos políticos latinoamericanos*, San José, Costa Rica, s. f.
- García Canclini, N. y R. Roncagliolo (comps.), (1987), *Cultura transnacional y culturas populares*, Lima, Instituto para América Latina (IPAL).
- Gargurevich, Ch. J. (1987), *Prensa, radio y televisión. Historia crítica*, Lima, Horizonte.
- Gargurevich, Ch. J. (1988), *Comunicación y democracia en el Perú*, Lima, Horizonte.
- Goicoechea, P. (1986), *Políticas de televisión en los países andinos*, Lima, Instituto para América Latina.